

MALAFRENA

URSULA K. LE GUIN



Las sombras proyectadas por la opresión del imperio austriaco, el recuerdo de la frustrada Revolución Francesa, los avances del industrialismo, contrastan con la indiferente limpidez del lago de Malafrena, especie de centro del mundo para los personajes de este nuevo relato ambientado en Orsinia (la ficticia nación europea que enmarcaba los cuentos del volumen Países imaginarios) en la primera mitad del siglo XIX.

*Si el Señor no edificare la casa,
en vano trabajan quienes la edifican.
Si el Señor no guardare la ciudad,
en vano vela la guardia.
Es en vano que os levantéis de madrugada,
y vayáis tarde a reposar, y comáis el pan de la
tribulación, pues que a su amado dará Dios
el sueño.*

Salmo 127

Primera Parte EN PROVINCIAS

I

En una oscura noche de mayo la ciudad dormía y el río fluía calladamente entre las sombras. Llena de campanas silenciosas, la torre de la capilla dominaba los patios vacíos de la universidad. Un joven trepó los portones de hierro del patio de la capilla.

Se dejó caer adentro aferrándose de las volutas de hierro, y luego se dirigió hacia las puertas de la capilla. Extrajo un papel grande del bolsillo de la chaqueta y lo desplegó; se hurgó las ropas y sacó un clavo; se agachó y se quitó un zapato. Apoyó el papel y el clavo en la puerta de roble con trancas de hierro, esperó, martilló. El sonido del golpe reverberó en los oscuros patios de piedra, y el joven esperó de nuevo como sorprendido por el ruido. A lo lejos se oyó un grito, un hierro rechinó en la piedra. El joven martilló tres veces más, hasta que la cabeza del clavo se hundió en la madera, luego, con un zapato en la mano y un pie descalzo, corrió cojeando hacia los portones, arrojó el zapato a la calle, se encaramó y trepó. Los faldones se le atascaron en una verja, saltó hacia afuera desgarrándolos, desapareció en las sombras justo antes que llegaran dos policías. Atisbaron el patio de la capilla, discutieron en alemán sobre la altura del portón, sacudieron el cerrojo y se fueron taconeando las botas en el empedrado. El joven reapareció cautelosamente, tanteando las sombras en busca del zapato. Reía espasmódicamente, pero en silencio. No podía encontrar el zapato. Los guardias regresaban. Se alejó con un pie descalzo por las calles oscuras cuando las campanas de la catedral de Solariy daban la medianoche. Cuando al

día siguiente las campanas dieron el mediodía terminó una clase sobre la apostasía de Juliano, y el joven abandonaba el aula con otros jóvenes cuando lo llamaron por su nombre.

—*Herr Sorde. Herr Itale Sorde.*

Los estudiantes, sordos y mudos, siguieron de largo sin volverse; sólo el que habían llamado se detuvo frente al guardia uniformado de la universidad.

—Sí, el *Herr Rektor* quiere verlo. Acompañeme por favor, *Herr Sorde*.

Una gastada alfombra persa, roja y elegante, cubría el piso del despacho del rector. En el costado izquierdo de la nariz del rector se destacaba una mancha roja: ¿una verruga, una marca de nacimiento? Había otro hombre de pie cerca de las ventanas.

—Por favor responda a nuestra pregunta, señor Sorde.

El joven miró el papel que el otro hombre le extendía: de un metro cuadrado, la mitad de un afiche que anunciaba la venta de bueyes de tiro en el mercado de Solariy, el 5 de junio de 1825. En la cara en blanco estaba escrito, en letras grandes y claras:

*¡Venid, poned el pescuezo en el yugo
de Müller, Von Gentz y Von Haller!
Todos los mejores Gobiernos
han reemplazado el Sentido Común
por Von Haller, y Müller, y Gentz.*

—Yo lo escribí —dijo el joven.

—¿Y...? —El rector miró de soslayo al otro hombre, miró por las ventanas, y preguntó en un tono ligeramente desdeñoso:— ¿Y usted lo clavó en la puerta de la capilla?

—Sí. Solo. Nadie me ayudó. La idea fue totalmente mía.

—Mi querido muchacho —dijo el rector. Hizo una pausa, arrugó el entrecejo, y dijo—: Mi querido muchacho, la

santidad del lugar, al margen de otras razones...

—Hay un precedente histórico. Soy estudiante de historia. —Enrojeció visiblemente.

—Hasta ahora, un estudiante ejemplar —dijo el rector—. Esto es en verdad muy deplorable. Aun considerándolo una mera travesura...

—¡Discúlpeme, señor, no fue una travesura!

El rector hizo una mueca y cerró los ojos.

—Es obvio que mis intenciones eran serias. De lo contrario usted no me habría llamado.

—Joven —dijo el otro hombre, el hombre sin verruga, sin título, sin nombre—, habla usted de seriedad. Pues bien, si insiste puede meterse en apuros muy serios.

Esta vez el joven palideció. Miró fijamente al hombre, y por último cabeceó brusca y rígidamente. Encaró de nuevo al rector y dijo con voz engolada:

—No me propongo retractarme, señor. Me retiraré de la universidad. No tiene usted derecho a exigirme más.

—No le he pedido eso, señor Sorde. Por favor contrólese y escuche. Este es su último período en la universidad. Quisiéramos que usted termine sus estudios sin hacerse notar ni provocar disturbios. —Sonrió, y la verruga purpúrea de la nariz subió y bajó.— Por lo tanto le pido me prometa que no asistirá a reuniones estudiantiles durante el resto del período, y que permanecerá en su casa hasta la mañana después del atardecer. Eso es todo, señor Sorde. ¿Me da usted su palabra?

—Sí —repuso el joven tras una pausa breve.

Cuando se hubo marchado, el inspector provincial plegó el papel y lo dejó en el escritorio del rector, sonriendo.

—Un joven impetuoso —observo.

—Sí, meros devaneos juveniles, esas cosas.

—Lutero tenía noventa y cinco tesis —dijo el inspector provincial—. Él tiene una sola, según parece.

Estaban hablando en alemán.

El rector rió festejando la broma.

—¿Seguirá una carrera pública? ¿Leyes?

—No, regresará a la finca familiar. Hijo único. Su padre fue alumno mío durante mi primer año de enseñanza. Val Malafrena, en lo alto de las montañas y en el corazón del país. Usted sabe, a más de cien kilómetros de todo.

El inspector provincial sonrió.

Cuando quedó a solas, el rector suspiró. Se sentó detrás del escritorio y miró el retrato de la pared de enfrente; la mirada, distraída al principio, se aguzó paulatinamente. Era el retrato de una mujer elegante y metida en carnes con un grueso labio inferior, la gran duquesa Mariya, prima directa del emperador Francisco de Austria, y una generación menor que él. Empuñaba un pergamino donde el águila bicéfala y negra del Imperio acuartelaba los colores rojos y azules de la nación de Orsinia. Quince años atrás el retrato de la pared había pertenecido a Napoleón Bonaparte. Treinta años atrás, al rey Stefan IV con las galas de la coronación. Treinta años atrás, cuando el rector había llegado a decano, llamaba a los estudiantes para reprocharles sus devaneos, los reprendía y censuraba y ellos aceptaban con una sonrisa dócil. No se les agrisaba la cara. Y él no sentía ese doloroso deseo de disculparse, de decirle al joven Sorde: «Lo lamento, usted sabe cómo son las cosas». Suspiró otra vez y echó un vistazo a los documentos que tenía que aprobar, revisiones curriculares oficiales, todos en alemán. Se puso las gafas y entreabrió el fajo, las manos desgastadas, la cara fatigada en el resplandor del mediodía de mayo que se derramaba por el ventanal.

Entretanto Sorde había caminado hasta el parque a lo largo del Molsen y estaba sentado en un banco. El río se extendía azul y borroso tras los sauces raquíuticos. Todo estaba en silencio, el río, el cielo, las hojas de los sauces, el resplandor del día, una paloma que gozaba del sol correteando por la grava. Al principio se sentó con las manos en las rodillas, el ceño fruncido, la cara crispada de emoción, luego se distendió gradualmente, estiró las piernas largas,

y por fin tendió los brazos sobre el respaldo del banco. Su rostro, donde se destacaban la nariz grande, las cejas pobladas, los ojos azules, cobró un aire cada vez más soñador, y aun soñoliente. Vio correr el río. Una voz estalló como un pistoletazo.

—¡Ahí lo tenéis! — Se volvió lentamente. Sus amigos lo habían encontrado.

—No has demostrado en absoluto tu argumento —dijo Frenin, rubio, robusto, ceñudo—. No apruebo la demostración.

—¿Que las palabras son actos? Las que clavé allí eran *palabras*...

—Pero el acto fue clavarlas...

—Pero una vez clavadas fueron las palabras las que actuaron y produjeron resultados...

—¿Qué resultados produjeron en tu caso? —preguntó Brelavay, un joven alto, delgado y moreno de expresión irónica.

—Basta de reuniones. Y encierro nocturno.

—Austria te conservará puro, por Dios —rió complacientemente Brelavay—. ¿Viste la multitud frente a la capilla esta mañana? La universidad entera lo vio antes que los Avestruces lo descubrieran. ¡Cristo santo! ¡Pensé que nos arrestarían a todos!

—¿Cómo supieron que fui yo?

—Vaya al frente de la clase, *Herr Sorde* —dijo Frenin—. *Das würde ich auch gerne wissen!*

—El rector no comentó nada sobre Amiktiya. Había un Avestruz allí. ¿Crees que acarrearé contratiempos a la sociedad?

—Otra buena pregunta.

—¡Escucha, Frenin! —estalló Brelavay. Ambos habían pasado una hora buscando ansiosamente a Itale, y estaban contrariados y hambrientos—. Eres tú quien insiste en que hablamos y no hacemos nada. ¡Y ahora que Itale ha hecho algo empiezas a quejarte! Personalmente no me importa

que la sociedad esté en apuros. Son un hato de imbéciles, y no me sorprende que haya un espía entre ellos. — Se sentó en el banco junto a Itale.

—¿Por qué no me dejas terminar, Tomas? —dijo Frenin, sentándose con ellos en el banco—. Lo que iba a decir era esto. En Amiktiya somos cinco los que toman las ideas en serio, ¿verdad? Bien, después de esto, con Itale bajo observación y toda la sociedad bajo sospecha, ha llegado la hora de decidir los alcances de nuestra seriedad. ¿Estamos en Amiktiya por el vino y las canciones, o hay algo más? ¿Exhibimos nuestros versos, aguantamos la reprimenda, terminamos el período de estudios y nos volvemos a casa, o hay de veras otras consecuencias? ¿Nuestras palabras son actos?

—¿En qué estás pensando, Givan?

—Estoy pensando en Krasnoy.

—¿Qué se puede hacer allá? —preguntó Brelavay, eséptico y perplejo.

—Aquí en Solariy no hay nada. No hay nada en provincias... esos condenados burgueses, tus campesinos. No podemos combatir contra la Edad Media. La capital es el sitio apropiado para nosotros, si somos serios. Por Dios, ¿acaso Krasnoy está tan lejos?

—Supongo que el Molsen la atravesó hace un par de días —dijo Itale, mirando el río azul más allá de los árboles—. Caramba, qué idea, qué gran idea, Givan. Tengo que pensar, tengo que comer algo. Vamos. ¡Krasnoy, Krasnoy! — Miró a sus amigos alegremente.— ¡No podemos ir a Krasnoy! —dijo. Se alejaron riendo.

Cuando al caer la tarde se separaron e Itale regresó a casa todavía se sentía alegre, exaltado e intrigado. ¿Era posible que estuviera por iniciar una nueva vida? ¿De veras iría a la ciudad, viviría allí, trabajaría con otros hombres por la causa de la libertad? Era inconcebible, fantástico, espléndido, no había palabras para describirlo. En la ciudad habría hombres que los recibirían con los brazos abiertos y los

pondrían a trabajar. Se decía que allí había sociedades secretas que estaban en contacto con grupos similares de Piamonte y Lombardía, Nápoles, Bohemia, Polonia, los estados alemanes; pues en todos los territorios y satélites del Imperio Austriaco y aun más allá, en toda Europa, se extendía la red silenciosa del liberalismo, como el sistema nervioso de un hombre dormido: un reposo inquieto, febril, lleno de sueños. Aun en esta ciudad soñolienta las gentes se referían a Matiyas Sovenskar, exiliado en su finca desde 1815, como al «rey». ¡Y lo era, por derecho y por voluntad de su pueblo, rey hereditario y constitucional de un país libre, y al demonio con el emperador y el Imperio! Itale avanzaba calle abajo en las sombras como un ventarrón de verano, la cara caliente, la chaqueta abierta.

Vivía con la familia de su tío Angele Dru; antes de la cena explicó al tío que debía quedarse en casa durante la noche. El tío rió. Él y su esposa, padres de una progenie numerosa, habían dado al sobrino un pequeño cuarto, comidas abundantes y confianza ilimitada; sus propios hijos mayores no eran precisamente dóciles, y a veces ambos parecían tan sorprendidos como complacidos por Itale, que justificaba tanto esa confianza.

—¿Cuál es el problema? ¿Qué has hecho ahora? —preguntó el tío.

—Clavé un poema tonto en la capilla.

—¿Eso es todo? ¿Te conté de esa noche en que entramos las muchachas gitanas en la universidad? En esa época no le echaban llave de noche —Y Angele volvió a contar la anécdota—. ¿Y de qué habla tu poema, eh?

—Oh, política.

Angele continuó sonriendo, pero una arruga de consternación o decepción le cruzó la frente.

—¿Qué clase de política? — Para calmarlo, Itale repitió el poema, y luego tuvo que explicarlo.

—Entiendo —dijo vagamente Angele—. Bien, no sé qué decirte. Las cosas han cambiado desde que tenía tu

edad. ¿Qué significan, para nosotros, todos estos prusianos y suizos? Haller, Müller, Jesús y María. Sí, sé quién es Von Gentz, es el jefe de la Policía Imperial, una posición muy importante. Lo que haga esa gente no nos incumbe.

—¡No nos incumbe! ¿Cuando vigilan cada uno de nuestros actos? ¿Cuando nos arrestan si abrimos la boca? – Itale siempre trataba de evitar las discusiones políticas con el tío, pero sus ideas eran tan claras y los hechos tan evidentes que en cada ocasión estaba seguro de poder convencerlo. Angele se escandalizó y obstinó cada vez más, y llegó al extremo de negarse a admitir que le disgustaban las milicias extranjeras que patrullaban la ciudad y la universidad, y que también él consideraba rey a Matiyas Sovenskar.

—Lo que ocurre es que en el año 13 nos equivocamos de bando. Debimos unirnos a la Alianza y dejar a Bonaparte librado a su suerte. Tú no recuerdas lo que es toda Europa en guerra; sólo se habla de guerra, los prusianos pierden, los rusos ganan, hay un ejército aquí, un ejército allá, la comida escasea, nadie duerme tranquilo. Se hace mucho dinero pero no hay ninguna seguridad... ninguna estabilidad. ¡La paz es una gran cosa, muchacho! Si tuvieras sólo unos años más te darías cuenta. – Si el precio de la paz es la libertad... —Oh, bien, libertad, derechos... no te dejes engañar por las palabras, Itale. Las palabras se las lleva el viento, pero la paz es un don de Dios, esa es la verdad. — Angele estaba seguro de haber convencido a Itale: las ideas eran tan claras, los hechos tan evidentes. Itale, al menos, desistió de discutir. Durante la cena Angele se puso a despotricar contra las nuevas leyes impositivas decretadas por el gobierno granducal que él había defendido una hora antes. Terminó con una nota quejosa; cuando sonrió y miró a su familia como pidiendo disculpas se parecía mucho a su hermana, la madre de Itale. El joven lo observó con afecto, perdonándolo. No podía culpárselo por su obtusidad; a fin de cuentas, frisaba en los cincuenta años.

A medianoche Itale estaba sentado a la mesa en su pequeña bohardilla. De nuevo había estirado las piernas. La barbilla en las manos, contemplaba la oscuridad por la ventana abierta encima de las pilas de libros y papeles. Los árboles cuchicheaban, roncaban y susurraban en la noche de mayo; la casa estaba en las afueras del pueblo, y no se veía ninguna otra luz. Itale pensaba en la ventana de su cuarto en la casa del lago Malafrena, y en el viaje a Krasnoy, y en la muerte de Estilicón y en el río azul y borroso más allá de los sauces, y en la vida del hombre, todo en un solo pensamiento inarticulado. El taconeo de botas militares austriacas resonó en la calle, se detuvo ante la casa, siguió de largo.

«Si así debe ser, que sea; es necesario», pensó Itale con temerosa alegría, como si estas palabras cifraran el resto, y escuchó el parloteo suave de las hojas. Su irrupción nocturna en los patios silenciosos de la universidad y su entrevista con el rector ahora le parecían hechos remotos, ocurridos en la infancia, antes que sus actos tuvieran significación. Ahora le parecía que cuando Frenin había dicho «Estoy pensando en Krasnoy» él había esperado esas palabras: había que decirlas, eran inevitables. No regresaría a desperdiciar su vida en la granja de las montañas. Ya no era posible. Era tan rotundamente imposible que ahora era libre de evocar esa existencia, que hasta hoy había considerado un destino incuestionable, con nostalgia y tristeza. Allí conocía cada palmo de tierra, cada acto de la faena diaria, los conocía tan bien como a su cuerpo y su alma. De la ciudad no conocía nada.

—Tiene que ser, tiene que ser —repitió con convicción, alegría y miedo. El viento de la noche, impregnado con el aroma de la tierra húmeda, le rozó la cara y agitó las cortinas blancas; la ciudad seguía durmiendo bajo las estrellas de primavera.

II

Sus recuerdos de infancia eran insondables, extensos, todo lugar y nada de tiempo: las habitaciones de la casa, la madera del rellano, los platos orlados de azul, las cernejas de un enorme caballo parado en la herrería, la mano de su madre, el reflejo del sol en la grava, la lluvia en el agua, los perfiles de las montañas contra oscuros cielos de invierno. Entre estas cosas había un momento nítido: el momento en que estaba en una habitación iluminada por cuatro velas y veía una cabeza en una almohada, los ojos hundidos en abismos de negrura, la gran nariz reluciente como el metal; y una mano en la colcha, tan inmóvil que en vez de mano parecía un objeto. Una voz murmuraba. Era el cuarto de su abuelo, pero su abuelo no estaba allí. Su tío Emanuel arrojaba una sombra enorme que fluctuaba a sus espaldas en la pared. Había sombras enormes a espaldas de todos los presentes, los criados, el sacerdote, su madre; daba miedo mirarlas. El murmullo de la voz del sacerdote era como agua abofeteando las paredes del cuarto, cada vez más alto, vibrándole en los oídos, cerrándosele sobre la cabeza. Se le cortaba la respiración. Sofocado por el terror y las sombras, había sentido una mano grande que le tocaba la espalda, y su padre había dicho quedamente: «¿También tú estás aquí, Itale?» Y su padre lo había llevado fuera del cuarto y le había dicho que fuera a jugar un rato en el jardín. Él había echado a correr alegremente, descubriendo que fuera de la habitación penumbrosa ni siquiera había oscurecido; el bronce del crepúsculo aún teñía el lago, la espalda encorvada de la montaña llamada el Cazador sobre

el golfo de Evalde, el pico de San Larenz al oeste. A su hermanita Laura ya la habían acostado. Se quedó afuera solo, sin saber qué hacer; trató de abrir el galpón pero la puerta tenía llave; recogió un guijarro rojizo del sendero, y susurró para sí mismo; «Soy Itale, tengo siete años», pero no estaba seguro de eso. Era un niño vagabundeando en un jardín en el ancho y oscuro viento de la noche, perdido, perdido, hasta que por fin su tía Pernetá vino a regañarlo y tranquilizarlo y lo llevó a la cama.

Itale Sorde, el abuelo, había vivido en Francia hacia 1770 y había viajado por Alemania e Italia. Sus vecinos de Val Malafrena lo perdonaron lentamente, aunque algunos nunca volvieron a confiar en él. A los cuarenta había regresado para siempre a la provincia montañesa y a su mujer, una prima de su vecino, el conde Guide Valtorskar, había mejorado la finca, reconstruido la casa, y sentado cabeza. Envío a sus hijos a estudiar a Solariy, pero ambos regresaron a Montayna sin más vagabundeos, el mayor para administrar la finca y el menor para ejercer como abogado, modestamente, en Portacheyka. Itale Sorde nunca dejó la provincia después de 1790.

Con los años su correspondencia con sus amigos extranjeros se fue reduciendo, y por último se interrumpió; ellos estaban muertos, o lo habían olvidado, o sabían que él había optado por el olvido. Después qué murió en 1810 se lo recordó por su eficacia en la administración de la finca, su digna bondad, su habilidad como jardinero.

La familia pertenecía a los *domey*, la clase de pequeños terratenientes a la cual un decreto real de 1740 había otorgado iguales privilegios que a los nobles del reino. En las provincias del Este los *domey* todavía estaban excluidos de la jerarquía social tradicional, aislados; en el centro y el Oeste, al igual que los burgueses de la capital y las ciudades importantes, los matrimonios de conveniencia y las costumbres los habían vinculado con la nobleza más de lo que convencionalmente se admitía, y eran más numerosos y po-